

LUIS ANTONIO DE VILLENA

**LAS CAÍDAS
DE ALEJANDRÍA**

(LOS BÁRBAROS Y YO) (1997-2018)

(MEMORIAS III)

PRE-TEXTOS CONTEMPORÁNEA

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47)

Primera edición: octubre de 2019

Diseño de la colección: Andrés Trapiello y Alfonso Meléndez
Imagen de la cubierta: *Retrato de Luis Antonio de Villena*
Imagen de la página 8: *El saqueo de Roma*, Sylvestre

© Luis Antonio de Villena, 2019

© de la presente edición:

PRE-TEXTOS, 2019

Luis Santángel, 10

46005 Valencia

www.pre-textos.com

IMPRESO EN ESPAÑA/PRINTED IN SPAIN

ISBN: 978-84-17830-72-4 • DEPÓSITO LEGAL: V-2118-2019

Impreso en GraphyCems

“A finales del siglo VI después de Cristo, muchos hombres de cultura vieron eclipsarse en Occidente la civilización antigua bajo los embates de la guerra, de la peste, de la carestía. Asistieron a los últimos estertores de una época sin entrever posibilidades de supervivencia, sin esperanza en otra civilización. Parecía el fin de todas las cosas, que ellos habían llegado a identificar con el fin del Imperio Romano, de sus ciudades, de sus tradiciones y sus ideales.”

VITO FUMAGALLI (“El alba de la Edad Media”)



RUIDO DE TIEMPO QUE PASA

Si miro ahora hacia atrás (mirada que es esencial a la memoria, la base de toda memoria mejor) debo reconocer, sin pararme en detalles –cosas malas o inhóspitas existen siempre–, que años como 1997 y 1998, por ejemplo, fueron esencialmente buenos o muy buenos para mí. Todavía, hasta 1998 inclusive, participaba en tertulias televisivas, entonces dignas –aunque siempre con el punto de espectáculo, que podía ya rondar lo inane, aunque lejos de hoy– y habitualmente bien pagadas. La última en que recuerdo haber estado –diez años de colaboraciones televisadas– fue en Antena 3, con el entonces muy glamuroso (y hace años retirado) Jesús Hermida, que siempre buscaba en sus invitados no más que una frase radiante. Hermida era cordial, correcto, pero poco amigo de cercanías. Allí estuvieron, entre cien, Cristina Almeida o Pilar Rahola, entonces muy española, pues Esquerri estaba de capa caída... Eso de que hay gente que se arrima al mejor sol, al que caliente más en el momento, nunca es mentira. Por desgracia. Allí vi –invitada– a otra estrella mediática de la radio, me temo que ya casi olvidada, la locutora Encarna Sánchez (supuesta amiga de Isabel Pantoja), que vivía como millonaria. Lo sería. No necesitaba coche de retorno. Su Jaguar blanco la esperaba en la puerta con chófer uniformado. Estuvo muy gentil conmigo. Me dijo que a ver si cenábamos juntos un día –no sé por qué– pero el encuentro nunca tuvo lugar. Ella falleció no mucho más tarde...

En esas tertulias (la final de Hermida fue la más nutrida) se juntaban desde intelectuales hasta suripantesas de toda laya –la exageración de “suripantas” la inventamos Terenci Moix y yo, y a él le hacía especial gracia–. Creo que puedo recordar a Gabriel Albiac –a quien por entonces traté algo– o a Javier Sádaba, de quien mi amigo Savater tenía por lo general la opinión peor. Con todo, eso quedaba a años luz (y no digamos ahora) de la ya mítica *La tarde* de Manuel Hidalgo, siempre amigo, pero siempre algo lejos, donde estuvimos Álvaro Pombo, Lourdes Ortiz, Andrés Amorós, yo mismo, y hasta el ya muy veterano novelista del 27, Francisco Ayala, educado y maldiciente al mismo tiempo. Murió viejísimo. Aquella tertulia benemérita –los mayores aún se acuerdan de ella, todo 1988–, que Pombo y yo teníamos por algo frívola, hoy sería rigurosa y dura filosofía kantiana. ¡Así mudan los tiempos! Sí, fui un tiempo eso que los ingleses llaman “*tv celebrity*” y puedo asegurar que no me gustó nada esa experiencia de fama mediática. Era verdad que te celebraban con paso franco en restaurantes y discotecas, pero no se vendían muchos libros más y todo el mundo te pedía autógrafos en un papelito. Yo me negaba a menudo, lo más gentilmente que me era posible. Decía que eso “eran cosas de Lola Flores”. Un día (de los muy raros en que salimos juntos) presencié con envidia –me dijo– la avalancha de señoritas Andrés Trapiello, en una discoteca/restaurante muy chic entonces –desaparecida ya– Archy, en la calle Marqués de Riscal, donde tuvo su palacete mi querido Antonio de Hoyos y Vinent. O acaso era el palacio de su madre. Por lo demás, yo tenía muy buena opinión de Lola Flores, que me entrevistó en un programa de Antena 3 (del que era guionista Raúl del Pozo) titulado “Sabor a Lolas”, donde la “faraona” se alternaba con su hija Lolita. Por suerte –o decisión de Raúl– a mí me tocó la propia Lola Flores. El programa se grababa